

## CAPITULO XVI.

*Del accidente que acometió al mono del Conde Galiano, de la pena que tuvo este señor. Como Gil Blas cayó enfermo, y las resultas de su accidente.*

El reposo que reynaba en la casa fue turbado estrañamente por un suceso que al lector parecerá una bagatela, pero que no obstante vino á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que tengo hablado, aquel animal tan amado del amo, habiendo querido un dia saltar de una ventana á otra tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pierna. Apenas supo el Conde esta desgracia quando principió á dar gritos como una muger; y con el exceso de su dolor, echando la culpa á sus criados sin excepcion de persona, en poco estuvo que no los echára á todos á la calle. No obstante limitó su furor, y se contentó con maldecir nuestro descuido y darnos mil epitetos con palabras desmedidas. Inmediatamente hizo llamar los cirujanos mas hábiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de los huesos. Visitaron la pierna del he-

herido, la pusieron en su lugar, y la vendaron; pero por mas que asegurasen que no era cosa de cuidado no pudieron conseguir que mi amo dexase de retener uno de ellos para que asistiese al animal hasta la perfecta curacion.

Yo haria mal si dexára en silencio las penas y las inquietudes que tuvo el señor Siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente quando se le curaba, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre en un pié, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no tuvimos en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia curada de su caída volvió á sus rebotes y volteretas ordinarias. A vista de esto bien podemos dar credito á la narracion de Suetonio, quando dice que Calígula amaba tanto á su caballo que le dió una casa ricamente aderezada con oficiales para servirle, y que tambien queria hacerle Consul. Mi patron no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera hecho Corregidor.

Por desgracia mia yo habia superado á todos los criados para hacer mejor la corte al amo, y me habia agitado tanto con su Cupido que caí enfermo. Me dió una violenta calentura, y mi mal se agravó de modo que perdí el conocimiento. Ignoro lo que hicieron con mi-



migo en los quince dias que estuve agonizando. Solamente sé que mi juventud luchó tanto contra la calentura, y aun puede ser contra los remedios que me dieron, que al fin recobré mis sentidos. El primer uso que hice de ellos fue observar que estaba en una sala diferente de la mia; quise saber por qué, y lo pregunté á una vieja que me asistia; pero me respondió que no hablára, porque el Médico lo habia prohibido expresamente. Quando uno está bueno, ordinariamente se burla de estos Doctores; pero en estando malo se somete docilmente á sus órdenes.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta tomé el partido de callar: reflexionaba sobre esto quando entraron dos como especie de petimetres muy desembarazados: llevaban vestido de terciopelo con buenas vueltas guarnecidas de encaxes: me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, los quales por su respeto me venian á ver. En esta inteligencia me esforcé para sentarme, y por política me quité mi gorro; pero mi guarda me volvió á tender á la larga, diciendome que aquellos señores eran el Médico y el Boticario de mi asistencia.

El Doctor se acercó, me pulsó, miró atentamente mi rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion tomó un ayre triunfante, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dixo que solo faltaba una medicina para acabar su obra; que despues de esto bien podia alabarse de haber hecho una

una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte mando escribir al boticario una receta que dicto mirándose á un espejo, atusandose los cabellos, y haciendo unas gesticulaciones de que no pude dexar de reir á pesar del estado en que me hallaba. Despues me saludó con una reverencia, y salió mas ocupado de su figura que de las drogas que habia ordenado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fue á mi casa en vano, se preparó para executar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no lo haria bien, ó sea para hacer mas preciosa su composicion, quiso obrar por sí mismo; pero á pesar de su destreza apenas habia depositado en mí la carga, quando, sin saber como, la disparé sobre el manipulante poniendo su vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una servilleta, se limpió sin decir palabra, y se fue bien resuelto á hacerme pagar lo que gastaria en hacer quitar las manchas de su vestido.

A la mañana siguiente volvió vestido con mas modestia, aunque nada tenia que aventurar ya, y me traxo la medicina que el Doctor habia ordenado la noche antes. Me sentia por momentos mejor; pero fuera de esto habia cobrado tanta aversion desde el dia precedente á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las Universidades en donde estos señores reciben la facultad de matar hombres sin



sin riesgo. Con esta disposicion declaré con juramento que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus sequaces. El boticario á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su composicion, con tal que se la pagase, la dexó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el qual estaba tan fuertemente preocupado que hubiera creido bebia veneno si le hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dixé con un tono firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente pretendia era me diese noticias de mi amo. La vieja que creía excitar en mí una alteracion peligrosa si me satisfacía, ó que por el contrario si dexaba de hacerlo irritaria mi mal, se detuvo un poco, pero la estreché con tanta viveza que al fin me respondió: caballero, Vmd. no tiene mas amo que Vmd. mismo. El Conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increíble lo que oía; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, habia tenido la bondad de hacerme transportar con lo poco que tenia á una posada, en donde me habia abandonado sin mas ni mas á la providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo recibió órde-

nes

nes de la Corte, que le obligaron á volverse á Sicilia, y salió con tanta precipitacion que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de calidad están sujetas á estas faltas de memoria.

Mi asistenta me lo contó todo, y me dixo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no pereziese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡A Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡A Dios mis mas dulces esperanzas! Quando os suceda alguna gran desgracia, dice un Papa, exâminaos bien, y encontrareis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa. Con perdon de este Santo Padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi desgracia en esta ocasion.

Quando ví desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, la primera cosa que se me previno fue mi balija, que hice traer sobre mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré; ¡ay de mí! ¡Mi amada balija, exclamé, único consuelo mio! A lo que se vé, has estado á la merced de manos estrangeras. No, no, señor Gil Blas, me dixo entonces la vieja, asegúrese Vmd. que nada se le ha quitado. He guardado su maleta lo mismo que mi honor.

Encontré el vestido que llevaba quando me recibió en su servicio el Conde; pero busqué

TOMO III.

Q

en



en vano el que me habia mandado hacer el Mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dexármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demás estaba allí, y tambien una gran bolsa de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque no hallando mas que cinquenta doblones, no creí la primera quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que tenia en ella antes de mi enfermedad. ¿Qué significa esto, mi buena madre, dixe á mi asistente? Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha tocado á él, respondió la vieja, y los he escaseado quanto me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre con el dinero en la mano. Vea Vmd. añadió la buena económica, sacando de su bolsillo un paquete de papeles, vea Vmd. un estado del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la lista que contenia muy bien quince ó veinte hojas. ¡Misericordia de Dios! ¡Quántas gallinas se habian comprado mientras yo estaba sin conocimiento! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Los otros artículos eran correspondientes á este. No es decible lo que habia gastado en leña, en luz, en agua, en escobas, &c. Sin embargo por muy llena que estuviese su lista, toda la suma llegaba apenas á treinta doblones; y por consiguiente debian quedar todavía ciento y ochenta. Díxeselo; pero la vieja con mu-  
cha

cha ingenuidad principiò á poner por testigos á todos los Santos de como no tenia la bolsa mas que ochenta doblones quando el mayordomo del Conde le habia dado mi maleta. ¿Qué dice Vmd., abuela mia? le interrumpí con precipitacion. ¿Fue el mayordomo quien dió á Vmd. mi ropa? El fue realmente, respondió ella. Por mas señas que al dármele me dixo: tome Vmd. buena madre, quando el señor Gil Blas esté frito en aceyte, no dexé Vmd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacer los funerales.

¡Ah, maldito Napolitano, exclamé entonces! Ya no necesito saber en dónde está el dinero que me falta. Tú lo has quitado para recompensarte de lo que te he impedido que hurtases. Despues de este apóstrofe di gracias al Cielo de que el bribon no se lo hubiese llevado todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para atribuirle el hurto, no dexaba de sospechar que mi ama podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaían en el uno como en el otro: pero para mí siempre era lo mismo. Nada dixe á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre los artículos de su grande cuenta, porque nada hubiéra adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se reduxo á pagarla y despedirla tres dias despues.

Me imagino que al salir de mi casa fue á dar aviso al boticario de como me dexaba, y que



que estaba demasiado fuerte para tomar las de villadiego sin pagarle , porque le ví venir un momento despues sin aliento. Dióme su cuenta , en la que venian los supuestos remedios que me habian propinado quando estaba sin sentido , con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido médico. Esta relacion se podia llamar propiamente cuentas de boticario ; por tanto quando llegamos á la paga altercamos bastante , yo pretendiendo que rebaxase la mitad , y él jurando que no baxaria la mitad de una blanca ; pero considerando al fin el boticario que las tenia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid , tomó á buen partido contentarse con lo que le ofrecia ; es decir , con tres partes mas de lo que valian sus composiciones , por no exponerse á perderlo todo. Con bastante rabia le afloxé los dineros , y se retiró bien vengado de la desazoncilla que le dí el dia de la lavativa.

El médico llegó casi en el instante , porque estos animales van siempre los unos tras de los otros. Rebaxé sus visitas que habian sido frequentes , y le dexé gustoso. Para probarme que habia ganado bien su dinero , antes de retirarse me refirió por menudo las mortales consecuencias que habia prevenido en mi enfermedad ; lo qual hizo con muy bellos términos , y un ayre agradable , pero nada comprendí de quanto dixo. Luego que me deshice de él me creí libre de todos los ministros de las parcas. Me en

engañaba : todavia entró un cirujano , á quien en mi vida habia visto. Me saludó muy cortesmente , y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que habia estado , atribuyendo este beneficio , decia él , á dos sangrias abundantes que me habia hecho , y á las ventosas que habia tenido el honor de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavia : era preciso que tambien escupiese en la vacia del cirujano. Despues de tantas evacuaciones se encontró mi bolsa tan débil que podriamos decir era un cuerpo arruinado : tan poco era el húmedo radical que la quedaba.

Al verme otra vez en tan miserable situacion principié á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado tanto á las comodidades de la vida , que no podia , como en otras ocasiones , mirar la indigencia como un filósofo Cínico. A la verdad nó debía entristecerme tanto teniendo la experiencia de que la fortuna apenas me derribaba quando me volbia á levantar : antes debí mirar mi desgraciado estado como una ocasion próxima de prosperidad.

FIN DEL LIBRO SEPTIMO.

AVEN-